

## **Mi visión de ENTEPOLA**

**por Sarah Ashford Hart**

Este Febrero, el XXVII Festival Internacional de Teatro Comunitario (ENTEPOLA) llenó el anfiteatro de Pudahuel, Santiago, con amantes del teatro de todas las edades y procedencias. El evento reunió más de 30 espectáculos en menos de dos semanas, con un promedio de cuatro obras por noche, presentadas al aire libre. Las compañías que hicieron posible este espectáculo provenían de casi todos los países de América Latina, aportando cada uno con su propio estilo y sus temas al conjunto. Hubo murgas multiculturales, payasos de todos los colores y tamaños, re-interpretaciones de los clásicos literarios, obras originales inspiradas por eventos históricos y actuales, además de manifestaciones importantes de folclore. Este año, la persona homenajeada del festival fue el estimado actor Chileno, Igor Cantillana, quien había sido privado de libertad durante la dictadura por razones políticas. Cantillana debió exiliarse en Suecia, donde durante los últimos 40 años ha estado haciendo teatro con otros expatriados chilenos, y más recientemente con jóvenes refugiados de distintos países que han sido detenidos en las cárceles suecas. Cantillana defiende el poder del teatro como un medio de expresión para los que llevan historias dentro de ellos, que no pueden comunicar con sus propias palabras. Como dijo David Musa, el director de ENTEPOLA, a través de su micrófono de MC, animando al público de Pudahuel con una llamada para empezar cada noche del festival, “¡En ENTEPOLA, los protagonistas somos todos!”

La misión de ENTEPOLA es hacer mas accesible el teatro para todas las personas, y es por eso que sus organizadores se han comprometido a llevar el festival de manera gratuita a Pudahuel, una de las zonas periféricas de Santiago. El evento se complementa con un programa de talleres abiertos a la comunidad, impartidos por los artistas internacionales invitados. Esto no quiere decir que todo Santiago haya logrado llegar a Pudahuel para ENTEPOLA, ya que a pesar de ser un festival gratuito, está realizado en un lugar alejado del centro social, cultural y financiero de la ciudad. Sin embargo, lo más importante fue que la comunidad local disfrutó de uno de los festivales más ‘bacanes’ de su tipo. De hecho, gracias a ENTEPOLA los residentes de Pudahuel han disfrutado durante casi tres décadas de funciones de teatro, y se han convertido en un público devoto. Los participantes de ELETEP, el teatro juvenil de Pudahuel, actúan como los voceros del festival, comunicando los beneficios de la experiencia y convocando nuevos integrantes. ENTEPOLA fomenta la integración entre artistas chilenos e internacionales con diferentes niveles de formación teatral, educación formal y experiencia profesional, sin mencionar las diferencias de estatus socio-económico, fluidez en español e involucramiento en el festival. El anfiteatro irradia una notable sensación de una comunidad inclusiva que es testigo de sí misma en el escenario. Vendedores locales forman una feria en la entrada, ofreciendo todo tipo de cosas, desde completos a varitas luminosas y artesanías. Algunos incluso ubicaban sus mercancías en las gradas entre los espectáculos, demostrando como ENTEPOLA genera aportes económicos, además de ser un evento cultural que fortifica la comunidad.

Como una forma de colaboración, la Municipalidad de Pudahuel proporciona el espacio, transporte y alojamiento, dejando que los artistas den forma al contenido

del festival. La totalidad del programa incluye sesiones de desmontaje dialogado de distintas obras, seminarios teóricos acerca de las metodologías de ciertas compañías y talleres prácticos para actores de todo tipo. El sello del festival, desde la perspectiva de los artistas, es la experiencia de compartir alojamiento por diez días en un colegio local, promoviendo la inmersión completa en la comunidad de ENTEPOLA. El compartir cuatro comidas al día proporciona tiempo para socializar con un abanico inspirador de colegas en un ambiente cómodo. Los espacios comunes dentro del campus permiten la libertad de moverse entre las actividades formales e informales, de manera natural y fluida, creando varios puntos de reunión y descanso. La rigurosa agenda diaria demanda gran resistencia: parte con un desayuno antes de la primera sesión a las 10am, continua con almuerzo y siesta, después vienen las sesiones de la tarde acompañadas de “la once” y luego las obras en el anfiteatro de 9pm a 1am. El día culmina con una cena tardía en el colegio, lo que implica terminar la jornada apagando las luces cerca de las 2 am. De esta manera, se aprovecha un tiempo invaluable para compartir, ganado por el duro trabajo de los integrantes

Los individuos que pertenecen a ENTEPOLA logran llegar por medio de su propia motivación y vocación, todos genuinamente comprometidos a enriquecer la sociedad a través de proyectos accesibles de teatro. Si bien este intercambio creativo aspira a definir lo que *es* y *hace* el Teatro Comunitario, ENTEPOLA desarrolla el sentido de comunidad más que la especificidad teórica. Por lo tanto el discurso del festival incorpora múltiples miradas acerca de las implicancias de practicar Teatro Comunitario, frecuentemente volviendo en la dicotomía desconcertadora del activismo versus la estética. Los diálogos de este año desenterraron convicciones profundamente arraigadas con respecto a la génesis del trabajo, identificando la historia de opresión Latinoamericana como el impulso de iniciativas de empoderamiento creativo. A su vez, ellos desafían los conceptos postmodernos de subjetividad que conducen al campo europeo contemporáneo de la práctica de *performance* socialmente comprometida.

En general, las obras presentadas en ENTEPOLA 2013 marcaron una tendencia hacia la adaptación de formas teatrales atemporales para contextos no convencionales, con la meta de compartir historias que necesitan hacerse públicas. Cada una de las compañías que participó tiene su origen único: unas hacen creación colectiva en comunidades marginadas, como cárceles y poblaciones, mientras otras trabajan con grupos de interés específico, como las familias de personas desaparecidas durante la dictadura, o comunidades indígenas que reclaman sus derechos sobre las tierras que el Estado les quitó. Unos trabajan con actores formales y entregan sus presentaciones a las comunidades donde el teatro en vivo normalmente no llega, mientras que otras trabajan con grupos juveniles para armar obras ‘amateurs’ con temas relevantes a sus experiencias personales. Cada proyecto naturalmente presenta su propio enfoque artístico e indica una clara dirección para desarrollar en el futuro. Las interrogantes que se plantearon entre uno y otro en la reunión de Pudahuel, incentivan el crecimiento reflexivo, vital para mantener activo el movimiento de Teatro Comunitario por otro año, más allá del oasis nutritivo de ENTEPOLA.